

LAS PINTURAS MURALES DE ATOTONILCO

Manuel TOUSSAINT

ENTRE LOS MUCHOS lugares de México que ostentan el sonoro nombre de Atotonilco —lo que indica la abundancia de sitios con fuentes de aguas termales, que eso significa la palabra—, Atotonilco el Grande, en el Estado de Hidalgo, es el de mayor importancia. Antaño cabecera del Distrito de su nombre, hoy lo es de la Municipalidad, y nos recibe con el risueño aspecto de una población floreciente. Cerca se encuentran los baños termales que dan su nombre a la localidad.

Bien sabido es que allí existe un monasterio de la orden de San Agustín que ofrece el interés de todos estos edificios. Así ha sido estudiado minuciosamente en el *Catálogo de construcciones religiosas del Estado de Hidalgo*, publicado por la Secretaría de Hacienda; en el primer volumen de la *Historia del arte hispanoamericano*, de Diego Angulo, y, finalmente, en el libro *Mexican Architecture of the Sixteenth Century*, de George Kubler. Parecería, pues, inútil repetir lo que tres autores han ya expresado; pero el hecho de que en lo que va transcurrido de este año de 1951 se hayan descubierto interesantísimas pinturas murales, que ninguno de los tres autores, ni nadie, conocía, hacen que el monumento resulte ahora casi inédito. Además, en una visita reciente, efectuada para conocer las pinturas, pude realizar observaciones que juzgo interesantes: rectificar algunos juicios y aun corregir ciertos errores.

Con objeto de que esta pequeña monografía aparezca relativamente completa, para quienes no conocen

los otros trabajos, reproduzco en resumen algunos datos históricos.

Historia del pueblo.—En el Códice Mendocino, folio 8, se ven dos jeroglíficos de Atotonilco que corresponden a distintos pueblos. Ambos fueron conquistados por Moctezuma el primero. En el folio 28 se marcan los tributos de uno de ellos con otros seis pueblos más. Debe de ser Atotonilco de Tula, porque en la misma plana aparece Tlemaco, en tanto que en el folio 30 figura nuestro Atotonilco el Grande con sus tributos. Me fundo para creerlo así en que en la misma hoja se ve Tulancingo. Como hace notar Troncoso, el dibujante marca la diferencia en el tamaño de los jeroglíficos, por lo que supone que el pueblo que estudiamos se llamaba ya desde entonces Atotonilco el Grande, “Huei Atotonilco” en náhoa.¹

Debe de haber sido conquistado desde los primeros tiempos, pues se encuentra en el camino que va a la Huasteca por Huejutla. El primer encomendero fué Pedro de Paz, natural de Salamanca e hijo del escribano Francisco Núñez, y de Inés de Paz. Pasó a Nueva España en 1525.² Le sucedió a su muerte su mujer, doña Francisca Ferrer, quien casó en segundas nupcias con Pedro Gómez de Cázares, hijo de Andrés de Tapia.³ Según la *Tasación de Ibarra*, se fija el tributo en dinero, trigo y maíz por cinco mil quinientos pesos.

Historia del convento.—Fué fundado cerca de 1536, pues en la junta que celebraron ese año los agustinos determinaron enviar por prior a Fr. Alonso de Borja, a quien habían quitado de Santa Fe al abandonar esta casa, y que parece haber sido el primero que ocupó ese puesto en Atotonilco. Fueron con él Fr. Gregorio de Salazar y Fr. Juan de San Martín.⁴ El primer edificio

debe de haber sido muy pobre. A la muerte de Fr. Alonso de Borja, en 1542, entró de prior Fr. Juan de Sevilla, a quien "se le debe. . . la grandeza de aquel edificio y la mucha riqueza de los altares".⁵ Terminó su priorato con su vida, en 1563.

Probablemente se le deban la nave del templo, el claustro y la portada. Las bóvedas del presbiterio y del sotocoro, así como las portaditas de las capillas, son posteriores, como veremos. Esto nos lleva ya a describir y estudiar el edificio.

La iglesia.—Como todos los ejemplares de su especie, se compone de una gran nave con la fachada al poniente. El presbiterio es más angosto y su testero ofrece planta de trapecio. Es notable la cantidad de contrafuertes que por ambos costados existen y que dejan organizar capillas en el lado sur o de la Epístola. Bellas ventanitas geminadas iluminan la nave. Vese ésta cubierta por una gran bóveda de cañón seguido que se prolonga hasta cubrir el coro; el presbiterio y el sotocoro ostentan ricas bóvedas de nervaduras.

Existen en el templo tres manifestaciones arquitectónicas: la gran bóveda arcaica, que corresponde, sin duda, a la época de Fr. Juan de Sevilla (1542-1563); las bóvedas ojivales, concluidas en 1587, y los elementos renacentistas en los arcos de las capillas y en la portada. La bóveda de cañón presenta una grieta en su espinazo, lo que seguramente motiva la multiplicidad de apoyos a ambos lados.

Las bóvedas góticas fueron terminadas en 1586, fecha que se lee en uno de sus plementos.⁶ En otro aparece una inscripción que es seguramente una firma y que copié en 1941, la primera vez que estuve en Atonilco. Ninguna de las publicaciones citadas la regis-

tra, acaso porque sus autores la tomaron por algo sin sentido. Reproducida más o menos fielmente es así:



En caso de ser una firma de la bóveda sería algo insólito, por la forma casi jeroglífica que ofrece, y el *faciebat*, que sólo vemos en pinturas. La idea de que se tratase de pinturas, hoy desaparecidas, no es descabellada, ya que así las encontramos en el sotocoro de Tecamachalco. Sin embargo, aquí la firma está en el centro del plemento, lo mismo que la fecha, es decir, en el lugar preciso que ocuparían dos de los cuadros.

Revisando mis nóminas, hallo que en 1542 vivía en México Bartolomé Gómez, maestro de hacer molinos que, según el acta de cabildo de 29 de agosto, dictaminó con juramento que se podía hacer un molino en Santa Fe, arriba de los que había hecho Nuño de Guzmán, y que entonces eran de Juan Juárez, en Tacubaya.

¿No se tratará de un descendiente suyo: Juan Bartolomé Gómez, que quiso ejercer una profesión más noble, la de arquitecto? Naturalmente que presento esta idea sólo como una hipótesis. De lo único que podría jactarme, acaso, es de haber descifrado el jeroglífico.⁷

Los arcos del baptisterio de la capilla del Santo Entierro han sido acertadamente estudiados por Angulo (I, 325): "En la capilla bautismal tanto el arco como las jambas los cubre el tronco nudoso, al que se enrosca no sólo la cinta. . . sino la cardina. Los baquetoncillos que flanquean aquéllas siguen siendo testimonios de

la vitalidad del gótico, mientras que en los capiteles compuestos hace acto de presencia el Renacimiento. Probablemente obra del mismo artista es la portada hermana de la anterior que decora la capilla del Santo Entierro.”

El arco de triunfo que separa la nave del presbiterio también ofrece elementos renacentistas, y lo mismo puede afirmarse de la portada del templo. Ostenta ésta los lincamientos platerescos, pero nunca el lujo de las portadas de Acolman, de Yuriria, de Cuitzeo o aun de Acotopan. El primer cuerpo ostenta dos pares de columnas que flanquean un arco de medio punto; en las enjutas, medallones con los bustos de San Pedro y San Pablo, muy primitivos. El segundo cuerpo se organiza a base de pilastras, dos pares a los lados de los ejes de las columnas y otras dos, absurdas, que descansan en ménsulas; nichos angostos entre las laterales y uno más ancho al centro; arriba, una ventana parece descansar sobre las pilastras centrales; es de medio punto y se ve rematada por una venera.

Parece que en el mismo paño de la gran fachada se alzaba la capilla abierta en alto como en Acolman, hoy murada.⁸

En el interior de la iglesia subsisten algunas obras de arte, pinturas, fragmento de la pila original del baptisterio, pero, sobre todo, una bellísima cruz de madera tallada y dorada, al parecer del xvii, y una gran urna para un Santo Entierro, obra de aliento, de la época de transición del barroco al churriguera. En la sacristía es de valor una cajonera del siglo xviii que en sus extremos tiene armarios.

El claustro.—De sumo interés, por las observaciones que después ofrecemos, es este claustro. Está formado por cuatro arcos en la parte baja y otros tantos en la

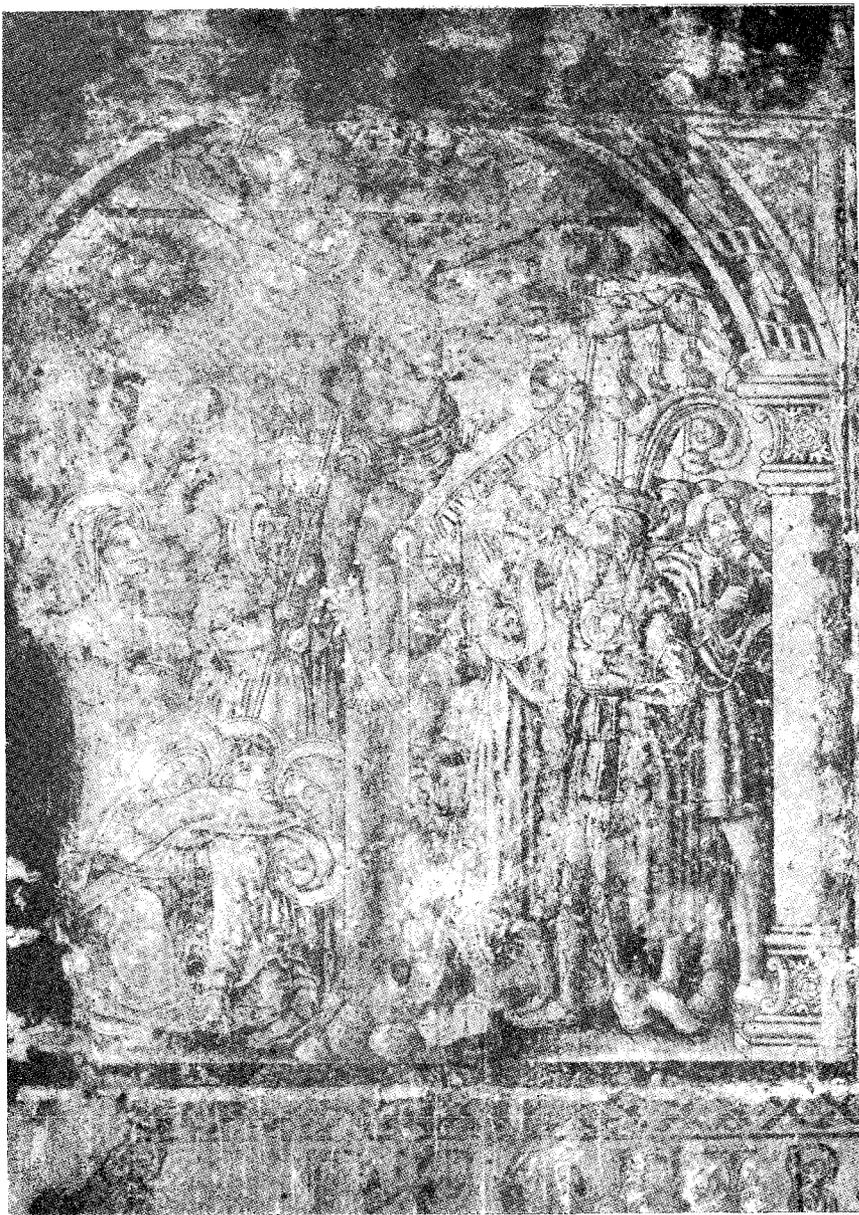
superior. Los arcos, de medio punto, descansan sobre columnas, mas la disposición de éstas explica la solución arquitectónica correcta sin necesidad de acudir a contrafuertes como en los conventos más viejos. En efecto, los ángulos están constituidos por grandes machones de sección cuadrada que ostentan dos columnas adosadas, así como en el centro de cada ala, en que un pilar robustece las dos columnas que forman la serie.

Parece que estos pilares flaquearon de modo alarmante en el siglo XIX, y entonces se les agregaron, por algún maestro de obras ignaro, desprovisto de todo sentido arquitectónico, unos enormes contrafuertes, de sección cuadrada, en los cuales se ven ahogados los juegos de pilar y columnas. Estos adesivos, que se prolongan hasta la parte más elevada, destruyen por completo la belleza arquitectónica del edificio en esta parte. Son, además, inútiles. El techo del claustro bajo es de viguería, de modo que no ejerce ningún empuje lateral; el alto, con bóveda de cañón seguido, fué el que, seguramente, amenazaba ruina, pero pudo haber sido salvado por otros procedimientos; por ejemplo: tirantes de hierro, como existen en tantos monumentos de Italia, colocados después de aligerar el peso del terrado enorme que carga sobre las bóvedas.

Valdría la pena, dada la gran importancia de las pinturas que han sido descubiertas en este claustro, que el gobierno del Estado de Hidalgo, de acuerdo con la Dirección de Monumentos Coloniales, emprendiese la tarea de restaurarlo, ya que el resto del edificio se encuentra en relativo buen estado. Retirar los contrafuertes, resolviendo el problema de la estabilidad; arreglar el pavimento de modo correcto; asear los muros para que resalte la belleza de los frescos encontrados. Eso es todo. . . ¡por lo pronto!



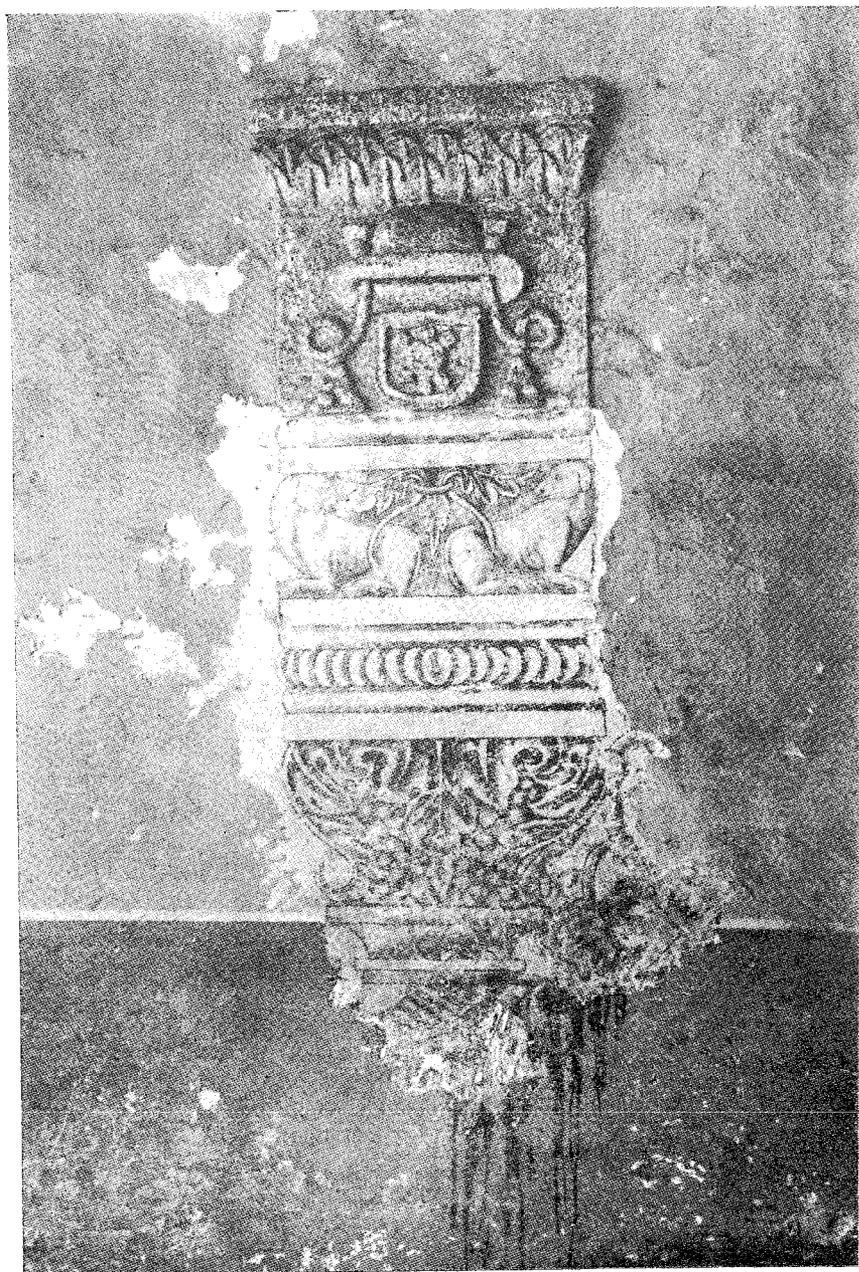
Atotonilco El Grande, Hgo.
Portada del Templo



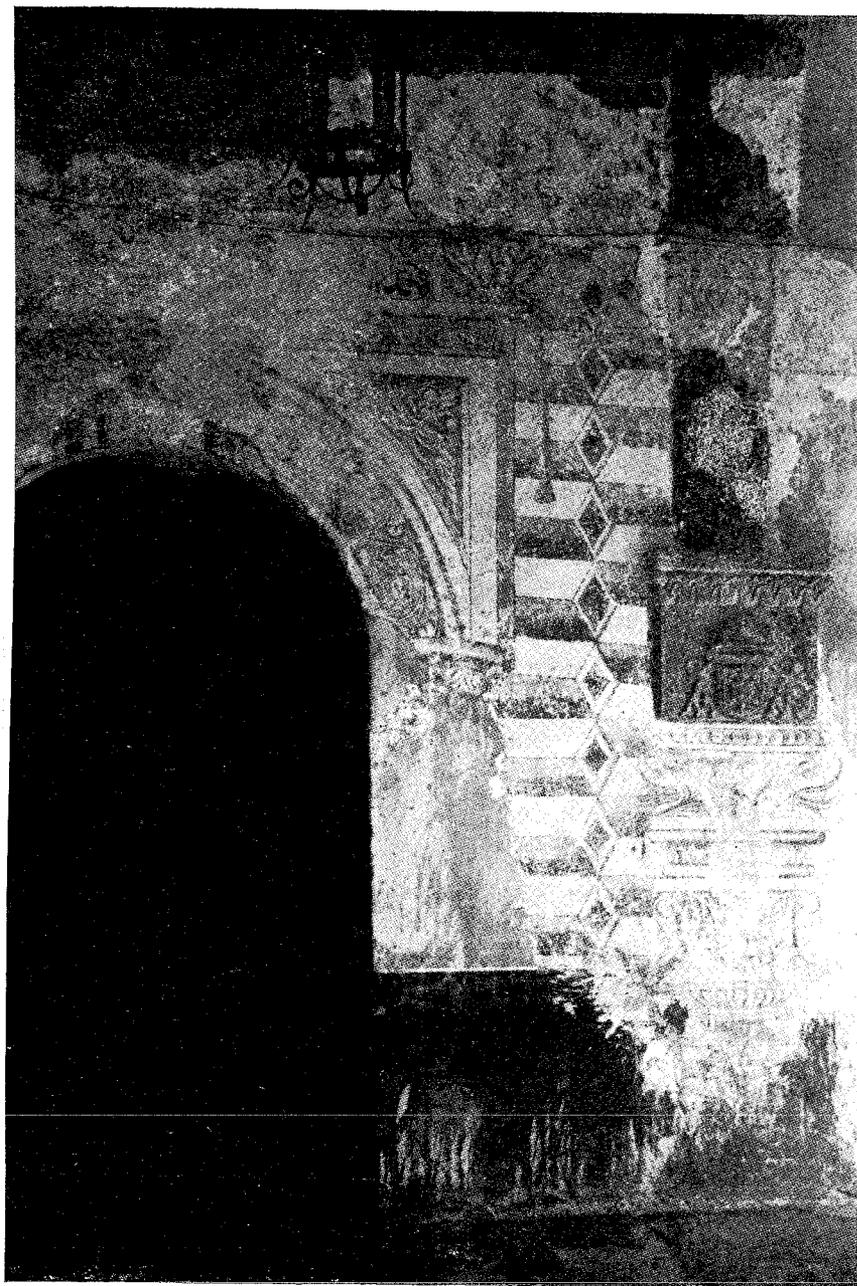
Atotonilco El Grande, Hgo.
Claustro bajo. Crucifixión.
(Fot. D.M.C.)



Atotonilco El Grande, Hgo.
Piedad. (Fot. D.M.C.)



Atotonilco El Grande, Hgo.
Detalle del claustro alto.
(Fot. D.M.C.)



Atotonilco El Grande, Hgo.
Puerta en el claustro alto.
(Fot. D.M.C.)



Atotonilco El Grande, Hgo.
Sócrates, Platón y Aristóteles.
(Fot. A. Carrillo y Gariel.)



Atotonilco El Grande, Hgo.
Aristóteles.
(Fot. A. Carrillo y Gariel.)

El estudio del claustro nos permite realizar interesantes observaciones. Pertenece, como ya lo advirtió Angulo, a la serie Acolman, Molango, Atotonilco. Analizándolos de cerca, suponemos que el más arcaico es éste de Atotonilco. Conserva, en efecto, cierta parsimonia, cierta sobriedad que desaparece en los otros dos. Además, la solución del claustro alto es bastante ruda: edifica sus arcos según el mismo ordenamiento de los inferiores, pero como el pretil de cantería, que parece original, llega a la mitad de la altura de las columnas, el arco resulta demasiado bajo, demasiado pequeño con relación al arco inferior. En Acolman, aunque el artífice recurra aún a los sartales de pomas góticas para ornamentar sus columnas inferiores, y a relieves de sabor indígena para alegrar los capiteles del claustro alto, como no obedece la disposición de la parte baja, su danza de arcos, arriba, es más airosa, más elegante, más renacentista. Además, ha resuelto su pretil arquitectónicamente: no se embebe en las columnas como en Atotonilco, sino que a cada columna le forma su pedestal, perfectamente resaltado del paño, con su rehundimiento moldurado como debe ser. Redondea la rosca suavizándola, pero sin el resalto que la delimita como en Atotonilco y Molango. El de este último convento me parece el postrero, aunque desgraciadamente desconocemos cómo era en su parte alta. Las columnas ofrecen, además de sus capiteles más renacentistas, los mismos anillos de pomas, pero con sabor menos medieval, y aun añaden un collarín de pomas mayores que se enrosca a la mitad del fuste.

El parentesco de los tres edificios es indubitable: las mismas ventanitas geminadas con arquillos de medio punto que iluminan el templo de Atotonilco recuerdan

una que existe en Acolman y una preciosa puertecilla en el claustro de Molango.

Las pinturas murales.—Los conventos agustinianos de la Provincia de México —llamada del “Dulce Nombre de Jesús”— estuvieron por regla general decorados suntuosamente con pinturas murales. Nadie puede olvidar las de Acolman, Actopan, Ixmiquilpan, Epazoyucan, Atlatlauhcan y Culhuacán, para no citar sino las más importantes. Nada de raro tiene, pues, que se encontraran en la casa de Atotonilco, como deben existir en los demás conventos que no han sido explorados en este sentido.

De Atotonilco sabíamos ya que en la portería del convento estaban retratados, abrazándose, Fr. Juan de Sevilla y Fr. Antonio de Roa, pues así lo refiere Grijalva, pero nadie se había dedicado a la tarea de descubrir pinturas. Fué el señor Luis Sagaón Espinosa, padre de un joven sacerdote progresista, el que, después de iniciar un aseo en el claustro bajo, que estaba convertido en inmundo chiquero, encontró que los muros ofrecían decoraciones pictóricas. Prosiguió su tarea en forma personal, ignorando los ordenamientos legales. Había comenzado sus trabajos en enero de este propio año de 1951. La señora Antonieta Espejo, de paso por Atotonilco, se dió cuenta de la importancia de las pinturas, y comunicó el descubrimiento al Instituto Nacional de Antropología e Historia. Desde entonces, el hábil experto de la Dirección de Monumentos Coloniales, don Abelardo Carrillo y Gariel, ha vigilado los trabajos que continúa el señor Sagaón.

Las fotografías de los murales revelaron algo extraordinario; era necesario verlas, apreciarlas *in situ*. Aunque distan de estar bien conservadas o completamente

descubiertas, ofrecen diferencias tales, en temas y técnica, con las pinturas de otros conventos agustinianos o de cualquiera otra orden religiosa, que para un investigador del arte de Nueva España causan admiración y asombro.

Vamos por partes. En el claustro bajo se encuentran las pinturas más importantes: en sus ángulos, verdaderos cuadros, que representan escenas de la Pasión, como en Acolman: *El Calvario*, *El Descendimiento de la Cruz* y *El Entierro de Cristo*. Faltan dos pinturas por descubrir. Como en Acolman, también un friso de grandes letras capitulares con leyendas litúrgicas ornamenta la obra, aunque aquí ciñe completamente los tableros. La correa agustiniana se desarrolla a todo lo largo, con rosquillas de vez en vez, a modo de serpiente. La pintura que exorna la puerta que comunica con la escalera es magnífica.

Examinando los cuadros de la Pasión y comparándolos con los de Acolman, comparación inevitable, hallamos en éstos más fantasía, mejor técnica, renacentismo más acusado. Si el Calvario de Acolman recuerda a Durero, este Calvario, este Descendimiento, parecen deudos de Schongauer. No lo puedo afirmar en absoluto, pero sus barbas están peinadas a la moda de él, y lo mismo puede decirse de su indumentaria y sus tocados.

En el claustro alto se conservan restos de bellas decoraciones en sus puertas, pero lo que me parece más interesante, por original, es la combinación armónica de la pintura mural con la escultura arquitectónica: una serie de ménsulas que soportan los arcos que sostienen la bóveda, se ven prolongadas, continuadas hábilmente en su parte inferior, por decoraciones pintadas en el muro.

Lo último, que debiera ser lo primero por su impor-

tancia, es la decoración mural del cubo de la escalera. No vamos a encontrar, como en Actopan, un conjunto de pinturas renacentistas, una serie de prelados que desde sus escritorios fantásticos dictan las leyes del mundo católico.

Es lástima que no se hayan descubierto en integridad estas pinturas que parecen representar toda una teología: la de San Agustín, según creo, sin que pueda sostenerlo. Debo contentarme, pues, con describir las pinturas que vi.

En el muro opuesto al embarque de la escalera existía una puerta, hoy murada. La corona la efigie del Santo, riquísimamente ataviado con sus insignias obis-pales. A su derecha aparecen tres filósofos griegos: Sócrates, Platón y Aristóteles. A su izquierda Pitágoras, Séneca y Cicerón. En los otros muros figuras simbólicas que aún no pueden ser identificadas. Sobre la figura de San Agustín aparece una leyenda que dice:

HIC DOCET ARCANA CAELESTIA CUNCTA MAGISTER;
HIC EST SANCTUS DOCTOR THEOLOGORUM PRINCEPS.
NON IURAMUS VERBA, SED VERITATEM FATEMUR.
PRAE CETERIS OMNES DOCUIT SANCTIUS.

Que ha sido traducida así:

Este Maestro enseña todos los arcanos celestes. Este Santo Doctor es el Príncipe (o el primero) de los teólogos. No juramos en sus palabras, sino que confesamos la verdad. Por sobre los demás, él enseñó a todos más santamente (o sea: más divinamente, o con más pureza).⁹

Lo notable e insólito del caso es que éste es el primer convento mexicano del siglo xvi en que aparecen, junto a escenas bíblicas y retratos de santos, las efigies de los filósofos paganos. ¿Qué fraile humanista, filósofo, fué

quien ordenó se pintaran? ¹⁰ Naturalmente que las figuras son convencionales y que Platón se reiría al verse retratado con sombrero de bombín. Esto no resta trascendencia al hecho.

Cuando sea terminado el descubrimiento y limpio de todas las pinturas que existen y el claustro se vea completamente aseado, con pavimento decoroso, y sin esos horrendos contrafuertes, el convento de Atotonilco el Grande será un monumento, entre los de su índole, que alcance la primera importancia.

NOTAS

1 *Papeles de Nueva España*, VI, 200.

2 *Conquistadores y pobladores de N. E.* N.º 401.

3 ANAYA, *Bosquejo*, 46.

4 Todas estas noticias proceden de Grijalva.

5 GRIJALVA, 337.

6 Esa es la fecha, y no 1546 que da el *Catálogo de construcciones religiosas del Estado de Hidalgo*. El estudio de Atotonilco en este libro está, desgraciadamente, plagado de errores. Se hace decir a Grijalva lo que no dice. Se nombran Provinciales en 1536 cuando la provincia mexicana se independizó de la de Castilla en 1545. Se habla de "bóvedas baldías muy aperaltadas" en vez de "vaidas muy peraltadas"; se sitúa la capilla abierta al norte cuando Mariscal y Gorbea la colocan en sus dibujos al poniente.

7 Indudablemente que estos sujetos tenían algún parentesco con el conquistador Bartolomé Gómez.

8 Véase lo que digo en la nota 6.

9 La inscripción fué copiada por D. Francisco de la Maza; la traducción se debe al Dr. D. Alfonso Méndez Planearte. Mis agradecimientos muy cumplidos.

10 Recuérdese que de 1545 a 1547 Fr. Alonso de la Veracruz, el célebre filósofo agustiniano, dió cátedras de filosofía y teología en el Convento de Atotonilco.

BIBLIOGRAFÍA

ANAYA, Pbro. Canuto E.—*Bosquejo geográfico histórico de la Diócesi [sic] de Tulancingo y datos biográficos de sus Obispos y capitulares*. Guadalupe Hidalgo. 1918.

ANGULO IÑIGUEZ, Diego.—*Historia del arte hispanoamericano*, I, Barcelona. *Catálogo de construcciones religiosas del Estado de Hidalgo*. México, 1940.

Colección de Mendoza o Códice Mendocino. Reproducido en fototipia por Troncoso, y publicado por el Museo Nacional de México en 1925.

GRIJALVA, Fr. Juan de.—*Crónica de la Orden de N. P. S. Agustín en las provincias de la Nueva España*. México, 1624. Uso la segunda edición, de 1926.

IBARRA, Hortuño de.—“Relación de los trescientos y cuarenta y siete pueblos que están encomendados en esta Nueva España en personas particulares y del valor que tienen los tributos que dan en cada un año.” Es el segundo cuaderno de la llamada *Tasación de Ibarra*. Manuscrito de mi colección copiado en Madrid en 1874 por D. José Sancho para D. José Fernando Ramírez.

ICAZA, Francisco A. de.—*Diccionario autobiográfico de conquistadores y pobladores de Nueva España*. Segovia, 1923.

KUBLER, George.—*Mexican Architecture of the Sixteenth Century*. New Haven, 1948.

TRONCOSO, Francisco del Paso y.—*Papeles de Nueva España*. I, “Suma de visitas de Pueblos”. VI, “Relaciones geográficas de la Diócesis de México”. Madrid, 1905.